

una regulación social arbitraria. Y desde luego las necesidades del hombre contemporáneo no se limitan al placer, ni se centran básicamente en él; el deseo fundamental del hombre no es el placer, sino la felicidad o beatitud. El hombre es capaz de actuar ritualmente porque a través del rito busca a un Dios salvador; el hombre desea sobre todo que su vida tenga sentido y que tenga el sentido acertado, que su vida sea camino de salvación. Ese es el deseo al que legítimamente debe tratar de dar cauce cualquier rito.

J. M. Odero

Scott MacDONALD (ed.), *Being and Godness. The Concept of the Good in Metaphysics and Philosophical Theology*, Cornell University Press, Ithaca-London 1991, 328 pp., 23 x 15.

El problema del mal es uno de los tópicos más recurrentes en las publicaciones anglosajonas de filosofía de la religión. El presente volumen lo afronta desde su dimensión más honda: la ontológica.

Las colaboraciones de los diversos autores están distribuidas en dos Partes. La primera recoge análisis metafísicos del concepto de *bien*: el bien como concepto trascendental, el bien y la trascendencia, el bien y su relación con el acto de ser, la voluntad y el bien. Jorge J. E. Gracia analiza concretamente la solución de F. Suárez al problema, mientras el Prof. de Notre Dame Ralph McNerny lo estudia en la obra *De hebdomadibus* de Tomás de Aquino.

La segunda Parte se mueve en el ámbito de la llamada *Philosophical Theology*, que coincide en parte con la disciplina aquí denominada *Teología natural*,

*Teología filosófica* o *Teodicea*, pero que también incluye muchos temas de nuestra *Filosofía de la religión*. En esta Parte se trata la relación del mal con temas como la creación en general, la posibilidad de haber creado otro mundo diferente, la proposición leibniziana acerca de que el nuestro es «el mejor de los mundos posibles», y la relación de dependencia característica del ser creado.

Pero el estudio que nos resulta más sugerente de esta segunda Parte es de Eleanore Stump, Profesora de Filosofía en el Politécnico y en la Universidad de Virginia. Versa sobre la teología de la fe desarrollada por S. Tomás de Aquino y su relación con el concepto de bien. Aun conociendo bien el actual desarrollo de la filosofía de la fe, la autora deja de lado los problemas epistemológicos en los que esta filosofía se centra, para plantearse cuestiones todavía más hondas: ¿por qué la fe es el medio elegido por Dios para que el hombre alcance su bien, su perfección?; ¿por qué Dios no se manifiesta con evidencia a los hombres?

La respuesta a estas cuestiones la encuentra en un diálogo con Tomás de Aquino, explorando primeramente su filosofía del concepto de bien y luego su teorización acerca de la naturaleza de la fe. En este diálogo surgen algunas objeciones frecuentemente planteadas: ¿es la fe irracional o bien es un autoconvencimiento interesado? ¿Cómo puede e ser cierto el objeto de fe si lo decisivo en el creer es un acto de voluntad? ¿Por qué es más perfecta una fe basada en un fuerte deseo de bien que la fe apoyada en aquellas evidencias que la hacen creíble?

Ante estas preguntas Stump emprende un más detallado estudio del pensamiento tomasiano, hasta poder llegar a algunas conclusiones. La afirmación de que la fe es una virtud que perfecciona principalmente al entendi-

miento, haciéndole alcanzar verdades salvíficas, no es óbice para afirmar que la clave en el análisis de la naturaleza de la fe se halla en el estudio de la voluntad y de su objeto —el bien—, así como en las complicadas relaciones que median entre voluntad y entendimiento. Esto explica por qué en las conversiones de quienes llegan a ser creyentes juegan un papel primordial sus actitudes morales, mientras que las consideraciones epistemológicas se mantienen en un plano secundario.

El ensayo de Eleanore Stump es claro y está bien fundamentado. Sólo cabría objetar una precisión al respecto. La autora afirma que el creyente no conoce (*know*) a Dios, aunque su fe en Él está plenamente justificada. Pero otros muchos autores han mostrado cómo el verbo *conocer* es utilizado por el creyente con toda naturalidad para referirse al Dios en el cual cree: quien cree a Dios, lo conoce. Restringir el sentido de este verbo para significar «conocer con evidencia» ha sido ciertamente práctica común en muchos filósofos modernos; en este sentido es importante destacar que fe y evidencia son incompatibles si se refieren simultáneamente al mismo objeto y bajo el mismo aspecto. Sin embargo, hecha esta aclaración, parece más conveniente adaptarse al uso lingüístico habitual, rechazar la mentada restricción y afirmar netamente que la fe es una forma de conocimiento, aunque no sea de ningún modo un conocimiento experiencial ni científico.

J. M. Otero

Leonard SWIDLER, *After the Absolute*, Fortress Press, Minneapolis 1990, XVI + 248 pp., 15, 4 x 23.

Leonard Swidler, profesor de teología sistemática en Temple University y

editor del *Journal of Ecumenical Studies*, desarrolla en esta obra la idea de «diálogo», como categoría imprescindible para cualquier reflexión religiosa, cristiana o no. El diálogo, en la mente el autor, desabsolutiza la visión que uno tiene de la realidad, y por eso facilita el mutuo entendimiento, enriquecimiento, y en definitiva la evolución mutua de diversas posturas (ideológicas, religiosas, etc.). En el caso del cristianismo el autor observa que también ha tenido lugar un diálogo —hacia dentro y hacia fuera— y una evolución; apunta categorías y perspectivas que, a su modo de ver, han sido anticuadas (como p. ej. la creencia en la virginidad perpetua de María, ya que la cultura moderna no la cuenta como valor).

El abrir —en diálogo— el propio pensamiento implica, sostiene el autor, repensar todas nuestras creencias religiosas, y en el caso particular de cristianos, reflexionar de nuevo acerca del significado de Jesús el Cristo. El autor repiensa la cristología en diálogo con las grandes cosmovisiones y religiones en el mundo, incluido el pensamiento crítico moderno, sobre los cuales demuestra amplios conocimientos. Al final de su libro hace una audaz sugerencia: que se puede y se debe desarrollar un lenguaje común (lo denomina el «esperanto ecuménico») para permitir una comunicación global acerca de lo religioso. Es posible, afirma el autor, descubrir en las diversas tradiciones religiosas intuiciones profundas compartidas (lo más básico de ellas es lo que él llama la Última Realidad).

La intención de la obra, la de promover una mejor comunión entre las religiones, es laudable; las comparaciones que hace de intuiciones básicas comunes a las religiones, interesantes. Sin embargo, el procedimiento unificador que propone el autor suscita una pregunta importante: ¿realmente se puede